

“El poder no ha cambiado desde las distopías que escribió Orwell”

Reina de la ciencia ficción rusa, exiliada en Georgia, **Anna Starobínets** publica ‘La glándula de Ícaro’, un volumen de relatos distópicos que estremecen por su inquietante parecido con la actualidad bélica

por **ANDRÉS SEOANE**

Exiliada en Georgia desde el inicio de la guerra, Anna Starobínets (Moscú, 1978) reconoce con pena que su próximo libro no verá la luz en Rusia. «En la obra hay menciones a la homosexualidad y está de fondo la guerra, dos temas prohibidos. Si mis editores lo publicaran los encarcelarían». Precoz reina de la literatura distópica de su país, célebre autora de libros infantiles y hasta guionista de Disney, el gran éxito de sus impactantes y crudas *memoirs* *Tienes que mirar*, en las que relataba las trabas del kafkiano sistema sanitario ruso para permitirle abortar a su feto mortalmente enfermo, la pusieron en la picota hace unos años. Ahora Impedimenta publica su libro de relatos *La glándula de Ícaro*, cuentos ambientados en un mundo no tan distinto del nuestro que retratan sin piedad la deshumanización social y personal de nuestro presente, reflexionando sobre temas como el amor, la muerte y el poder.

PREGUNTA. Escribió estos relatos hace una década, ¿ha ido a peor la deshumanización tecnológica que explora, somos cada vez menos humanos?

RESPUESTA. No sabría decirlo, pe-

ro es posible. Cuando escribí estos cuentos y mi novela *El vivo* (2011), me preocupaba profundamente que los científicos y los ingenieros impulsaran la disolución de la condición humana. Cómo, de repente, se pueden quebrar todas las cosas que nos hacen humanos, el afecto y la forma en que nos comportamos con el medio y con los demás, por culpa de la tecnología. Y creo que en ese camino no hay vuelta atrás. Hace poco, en una comida familiar, reparé en que todos los miembros estaban con los móviles. Esa deshumanización, esa falta de contacto físico, nos lleva a una *insectización*, a comportarnos como insectos. Y si nos olvidamos de la condición humana y nos formamos como insectos, podemos desembocar fácilmente en un sistema más totalitario.

P. Otro aspecto que destaca de esta ‘insectización’ es la pérdida de la memoria. ¿Por qué es tan peligrosa?

R. Es un hecho que el mundo sufre un déficit de atención y de memoria. Me parece dramático cómo hoy en día la memoria y la información pertenecen cada vez menos a los individuos y se almacenan en una *nube* muy frágil que

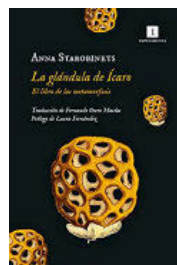
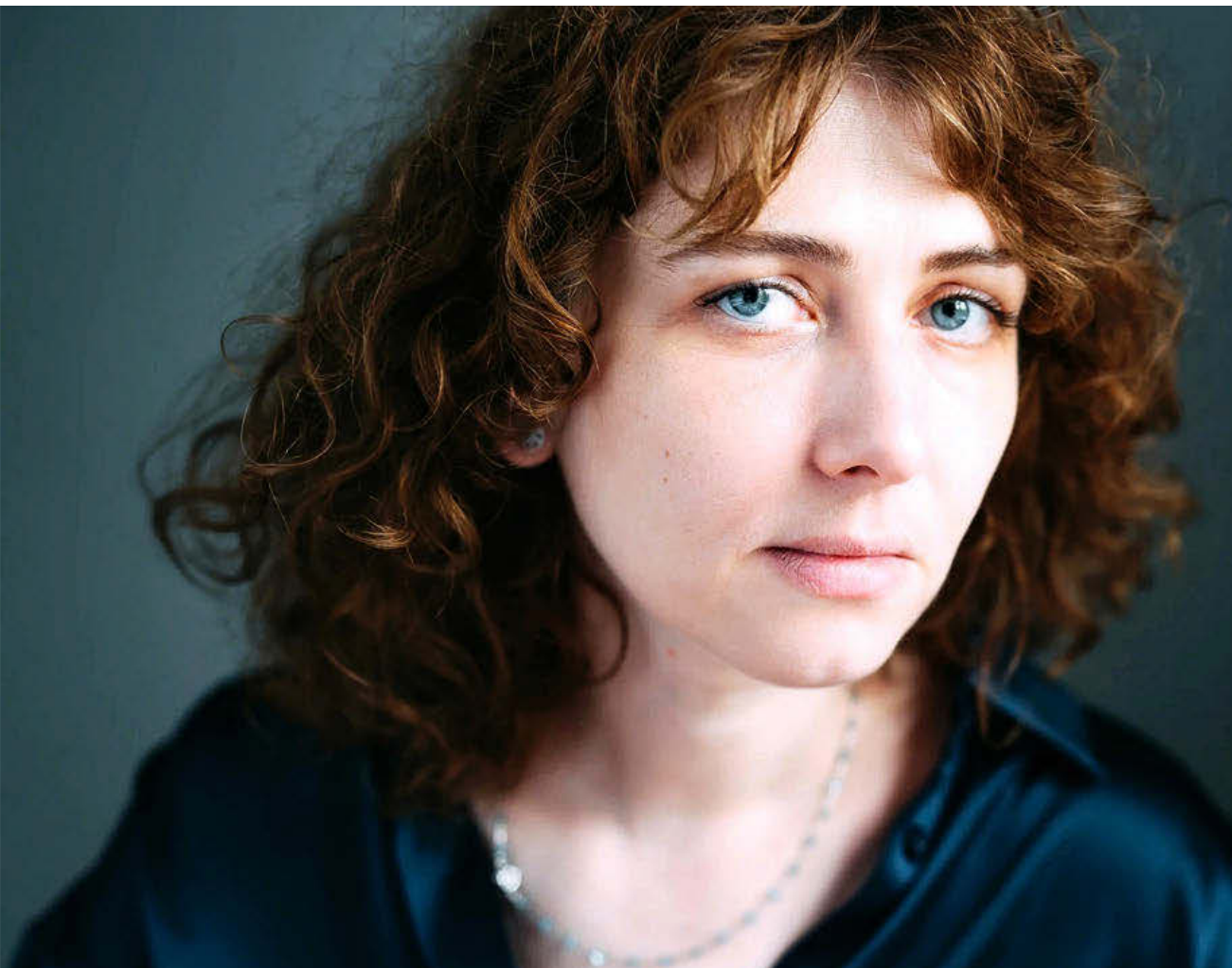
podría desaparecer. No cultivar la memoria, sino pretender acceder a la información a golpe de clic según la necesitamos es favorable al totalitarismo del pensamiento único, porque la memoria colectiva es muy fácilmente manipulable, como podemos ver en Rusia. Por eso se da la paradoja de que la tecnología hace que seamos menos libres, menos humanos, pero bajo una concepción de control, de territorio y de violencia que viene del pasado. Nada ha cambiado respecto al poder y el control del territorio desde las distopías que escribió Orwell. Son dinámicas que apenas se modifican de una década a otra.

P. Los relatos tienen reminiscencias del folklore ruso y del rígido mundo soviético. ¿Podrían ser análogos en Occidente?

R. Es cierto que la deshumanización es el tema literario ruso por

Tecnología Hoy en día nos hace menos libres, pero bajo las premisas de una concepción de control que viene del pasado”

Distopías Los escritores de ciencia ficción somos como los canarios de las minas. Debemos alertar a la sociedad de que algo va mal”



ANNA STAROBÍNETS
LA GLÁNDULA DE ÍCARO
Traducción de Fernando Otero. Impedimenta. 256 pp. 22,76 € Ebook: 13,99 €

excelencia: de Dostoievski y Tolstói a Varlam Shalámov y Aleksandr Solzhenitsyn, nuestras letras exploran el constante menosprecio por la vida humana promovido por los sistemas de poder de tendencias muy diferentes. Y también que me haga mucho que me comparen con Gógol, que adaptó tan bien el folklore en relatos como *El Vi-yi*, pero creo que, sin compararme, los temas y las reflexiones que hay en mis relatos están también en Bradbury o en Orwell, porque hablamos de miedos y realidades humanas. Eso sí, pienso que, quitando a estos gigantes, muchos autores posteriores erramos el tiro. Se hablaba de viajar al espacio, de conquistar otros planetas... cuando en realidad, el totalitarismo en auge no es algo del futuro, sino del pasado. Esta

concepción del territorio y del enemigo que se fomenta en muchos países es tribal, medieval. Incluso la guerra, que yo ya creía imposible en mi país, se hace desde unos parámetros totalmente antiguos.

P. En este sentido, ¿cuál es el papel de las distopías, de los escritores que crean mundos alternativos?

R. Me gusta compararnos con los canarios de una mina, que los mineros usaban para orientarse y escapar de derrumbamientos y fugas de gas. Los escritores tienen la tarea de sentir que algo va mal, que hay una perturbación social, y tienen que gritar y piar y para avisar al resto de la sociedad. La literatura cuenta con llegar a una pequeña parte de la población. Siempre es poca gente, pero es importante que exista esa gente porque cuando nuestra rea-

lidad se aproxima a lo descrito en la distopía, cuando percibimos que el Gran Hermano empieza a controlarnos demasiado, esa gente también puede dar la alarma. Incluso cuando un escritor muere, el libro permanece y los lectores, como en *Fahrenheit 451* de Bradbury, son una especie de depositarios. A su alrededor todas las historias son reducidas a cenizas, pero ellos las conservan en su memoria.

P. En Rusia es muy famosa por su literatura infantil, ¿cómo encaja su visión de la literatura en el mundo de los niños?

R. Es cierto que mis libros para niños no son tan oscuros. Mi serie más popular se podría traducir como *Crónicas de crímenes bestiales* y es más *noir* que ciencia ficción. Narra crímenes que tienen lugar en un bosque, y los personajes son animales. Sin ▶

► embargo, creo que los niños están muy preparados para el horror, quizá más que los adultos. Ellos viven en la frontera entre dos mundos, el real, o que nosotros percibimos como tal, y el mágico; y es fácil que se salgan con mayor fluidez de los parámetros de lo racional y acepten los postulados de las distopías y de la ficción.

P. Casi una distopía parece su libro 'Tienes que mirar', que causó un gran escándalo en Rusia. ¿Cómo vivió aquella polémica?

R. Fue un cúmulo de emociones inenarrable. El libro tuvo una acogida muy dolorosa para mí, pues se montó un verdadero escándalo. Si hubiese sido una discusión calmada, desde el respeto, no me habría dolido de aquel modo. Me propuse escribirlo para visibilizar la dura realidad del aborto en mi país, el trato inhumano. Lo sentí como un deber social, como una lucha quijotesca, armada sólo con la palabra, para cambiar la sociedad. Pero me topé con una de las claves del carácter ruso, la dicotomía entre fuertes y débiles, que bebe de dos fuentes: el espartanismo soviético, que celebra la fortaleza, y la mentalidad de la Rusia agraria y rural, en la que pesa mucho la idea del sacrificio, del aguante. Me acusaron de odiar a mi país, de monetizar mi dolor, de airearlo. Fue muy duro, pero no me arrepiento. Conseguí mi objetivo. Se generó un tremendo debate público que removió algunos tabúes de nues-

tra identidad y propició la reforma del área de maternidad del hospital de Moscú y que los médicos recibieran clases de ética, algo inexistente hasta entonces.

P. ¿Aquella situación le preparó de algún modo para la actual, tener que exiliarse del país y ver su nombre atacado en Rusia?

R. Georgia es hospitalaria, un país fantástico y muy bonito, pero no creo que me integre nunca del todo. Nada te prepara para la complejidad del exilio, que además fue algo del todo inesperado. Pese a que no me arrepiento, porque creo que era lo correcto y lo único que podía hacer, no me siento nada optimista, porque la vida se hace muy dura sintiendo que has perdido tu hogar. Y no sólo físicamente, pues en Rusia todo ha cambiado o dejado de existir. No hay ninguna señal de que el régimen vaya a cambiar pronto, al contrario, veo señales de que el país volverá a aislarse. Desde fuera tapanán todas las rendijas y desde dentro también estarán encantados de encerrarse, todo se cocerá en el propio caldo del resentimiento de forma que dentro de unos años todo saltará por los aires y volverán a bombardear a alguien de nuevo, una vez hayan reunido fuerzas.

P. ¿Se plantea volcar su experiencia del exilio a la literatura?

R. Cuando escribí *Tienes que mirar*, tenía muy claro que sería mi única incursión en la no ficción, en mi vida, porque no me interesa cultivar la prosa confe-



Polémica

Cuando narré mi aborto fui muy atacada en Rusia, pero logré propiciar cambios reales y romper algunos tabúes sociales”



Exilio Nada te prepara para él, pero no me arrepiento de irme. En Rusia ya no está mi hogar, todo ha cambiado o desaparecido”



Prohibición Pueden prohibir mis obras y es sólo cuestión de tiempo que mi nombre aparezca en la lista de enemigos del Estado”

sional, me siento más cómoda en la ficción, donde puedo construir mundos nuevos sin prestar atención al que me expongo diariamente, donde soy un demiurgo. Además, como escritora, ahora mismo me siento en el centro del seísmo. No puedo identificar cuál es el terremoto porque me siento dentro y es imposible escribir sobre una distopía cuando estás inmersa en ella y no alcanzas a ver el futuro. Pero nunca se sabe.

P. ¿Descarta, entonces, volver a Rusia en el futuro?

R. Totalmente. Hace poco me pasaron el *link* de un programa de televisión en el que varios tertulianos analizaban mis obras y señalaban dónde se encontraba el peligro en mis libros. Es real. Pueden prohibir mis obras. Es una posibilidad cada vez más cercana y sólo es cuestión de tiempo que mi nombre aparezca en la lista de enemigos del Estado. Este peligro no afecta ahora a mi vida, a mi integridad física, pero sí puede acabar en Rusia con mi carrera literaria, y siento una enorme pena y miedo por lo que sucede. Una amiga mía ha sido arrestada porque su obra de teatro no era demasiado patriótica... Mis padres se han quedado allí, son muy mayores, octogenarios, y no pueden venir a vivir conmigo a Georgia. No creo que vuelva ya nunca más a verlos con vida. Quizá en el futuro mis hijos puedan regresar a Rusia, pero no lo sé.

